El aficionado

Joaquín Dicenta

Freeditorial

Don Braulio Quiroga era, y seguirá siéndolo positivamente, el hombre más feliz del mundo. Rico, gordo, linfático, casado con una malagueña hermosísima, aficionado a los toros y tonto. ¿Qué mayor mina de felicidades?

Retirado del comercio donde hizo un modesto, pero seguro capital, del que sabía extraer intereses cuantiosos por el fácil y noble método de la usura, habitaba, juntamente con su graciosa cónyuge, un entresuelito situado en un barrio céntrico de Madrid.

Por las mañanas, podía vérsele en su despacho, ocupando, frente a la mesa de escritorio, cómodo sillón de gutapercha, vestido el cuerpo por una bata de tela rameada, semejante a la de las colgaduras económicas que vendía en su juventud, cubierto el cráneo por un gorro de terciopelo gris y calzados entrambos juanetes (cada pie era un juanete) por zapatillas de paño obscuro.

Delante de aquella mesa pasábase don Braulio tres o cuatro *horitas* revisando escrituras, recibiendo clientes, redactando pagarés, endosando letras… haciendo sudar a los necesitados de dinero su hacienda entera, a cambio de unos cuantos duros y de unos muchos pliegos de papel. Allí estaba desvalijando al prójimo, repasando con la vista el ciento de retratos que, con efigie y firma de toreros ilustres, tapizaban, mejor que adornaban, los muros, y deteniéndola con orgullo en un amplísimo marco oval que servía de orla al busto emperifollado del dueño de la casa.

A las doce entraba don Braulio en el gabinetito donde zurcía ropa la sin par malagueña, hablaba con ella de todo menos de lo que, a una mujer guapa, joven, morena y levantina por añadidura, debe hablar un marido celoso de su porvenir conyugal; y cuando la doméstica gritaba desde la puerta del comedor: «¡Señorito! ¡El almuerzo!» al comedor iba la pareja en busca del pienso cotidiano.

No diré en qué consistía el almuerzo de don Braulio Quiroga; pero sí diré, aprovechando el acompañamiento de platos, de tenedores y cucharas, que Petra (la malagueña) tenía veintitrés años, los ojos muy negros, la boca muy encendida, blancos los dientes, abultado el pecho,

menudo el talle y el habla ceceosa y gentil. Su marido sólo había conseguido meterle bien una cosa suya en el cuerpo: la afición a los toros; a tal punto lo hizo, que resultaba difícil averiguar quién sentía más afición por los oficios y por las cosas de los toreros. ¿La mujer? ¿El marido? ¡Cualquiera lo sabe!

Terminado el almuerzo, se dirigía al café don Braulio, y una vez sentado junto al velador, con la taza delante, el puro en la boca y una reunión de aficionados y toreros en torno suyo, eran de ver el gozo y la satisfacción de su linfática persona.

Por nadie se cambiaba él, cuando, metiendo su cuarto a espadas entre los *catedráticos*, podía emitir opiniones acerca de este pase, de aquella estocada, del puyazo de X., del par de banderillas de N., del quite de L. y hablar tú por tú con las eminencias de la tauromaquia que honraban el españolísimo velador.

Entre aquellas eminencias, había una por quien don Braulio hallábase dispuesto a todo: Juan el Serrano; mozo *crúo*, matador de mérito, torero a la moda que (términos de don Braulio y de la esposa de don Braulio) «*s'apretaba* bien y no se traía *mateos* ni *jonjanas* en la *suerte suprema*».

Juan era el ojito derecho de Quiroga; tan lo era, que éste, tan pacífico, anduvo un día en la plaza de toros a trastazo limpio *por mor* de su ídolo; y que siendo un tacaño de primer orden, don Braulio regaló al matador una botonadura de brillantes.

Resumen: que Juan, por gratitud, aumentada desde que conoció a la esposa del prestamista, se hizo el amigo íntimo de Quiroga y frecuentó su casa y almorzó con el matrimonio y comió con el matrimonio y llegó a ser otro don Braulio en aquel domicilio.

—*Sa* menester de cumplir con los *güenos* amigos —decía el torero cuando alguien le interpelaba a propósito de aquellas relaciones, cada vez más estrechas.

Y las relaciones continuaban con satisfacción grande de don Braulio y de su mujer.

Notábase algunas veces que Juan no asistía al café donde Quiroga se pasaba las horas del día y de la noche; notábase que la malagueña no faltaba a función de toros en que el Serrano torease; notábanse otras muchas cosas; y no faltó quien pusiera más de un puyazo *en todo lo alto* al ferviente admirador del torero andaluz.

Pero don Braulio no conocía otros puyazos que los ortodoxos, los dados en el redondel; y ufano con la amistad del arrogante espada, seguía haciendo su vida usual, desollando clientes por la mañana, hablando de toros por tarde y noche y durmiendo sus ocho horas de costumbre, con sueño tan profundo, que no le hubiesen despertado los gritos más fuertes, ni siquiera los gritos del honor, que, según dicen, son los más chillones, porque casi siempre se dirigen a sordos.

Cierto día —corrida de beneficencia se celebraba el tal— mató el Serrano un toro grande, con dos cuernos de a vara y unas intenciones del diablo; lo mató, y estuvo tan inteligente en el trasteo, tan bravo al entrar en la suerte y tan acertado en la estocada, que la plaza entera se vino abajo y el redondel se convirtió en una sucursal de la Tabacalera.

La esposa de Quiroga mostrábase loca de entusiasmo; Quiroga lo mismo; y cuando Juan se acercó a las barreras donde aplaudía el matrimonio, Petra le dijo:

—Juan, un favor.

—Diga *osté*, *zeñora*.

—Quiero la *cabesa der* toro.

—La tendrá *osté*; *pa osté* será *man* que venga el rey a *peírla*.

—¡Gracias, gracias, Juan! —gritó don Braulio con verdadero frenesí—. ¡Eres un hombre!

—Completo —afirmó la andaluza.

Llegó la cabeza a casa de don Braulio. Aun separada del tronco, parecía viva, e imponía admiración con su par de formidables cuernos.

—¿Dónde ponerla? ¿Qué sitio digno de ella puedo yo encontrar? —gritaba Braulio monologueando, porque su esposa había salido, como de costumbre, a hacer unas compras.

—¿Dónde la pongo?

Y reconocía con la vista todas las paredes, sin encontrar aposento digno del cornudo trofeo.

De pronto sus ojos se detuvieron en el marco oval que orlaba su busto.

—¡Oh! —gritó—. ¡Y yo había dudado!… ¡Este marco está hecho que ni de molde para esta cabeza! Le vendrá justo.

Y sin vacilaciones, con heroísmo digno de su noble afición, sacó del marco la fotografía y puso en el hueco que su cabeza dejó libre, la cabeza del toro.

—¿Qué te parece? —exclamó, encarándose con su esposa, que entraba en el despacho a poco de concluida la obra—. ¿Qué te parece? ¿He tenido acierto para buscarle sitio?

—Ya lo creo —respondió la gentil malagueña—. No podías haber buscado otro mejor.

Freeditorial